

tierra de bendición, nuestros admirados prosistas Tito Livio y Tácito; nuestros poetas favoritos Horacio y Virgilio, se han presentado á mi imaginación con una luz viva y repentina que yo no sospechaba había en ellos: en estas ciudades cercadas de fortificaciones arruinadas; entre estas casas almenadas, cuya torre todavía permanece de pié, he llegado en fin á comprender las guerras civiles, y las sangrientas luchas de la Italia. En estas risueñas campiñas regadas por una gran porción de arroyuelos, en estos abundosos pastos donde rumian los corpulentos bueyes de las Geórgicas, en las orillas de su mar brillante, es en donde yo comprendo, ó mas bien vuelvo á encontrar á Virgilio. Sé que Horacio vendrá mas adelante cuando haya llegado á Tibur: sé que Nápoles me hará comprender á Ovidio y los deleites imperiales, como ayer tarde comprendí á Dante atravesando las calles de Florencia: ved aquí un nuevo mundo que se presenta á mi vista; el mundo de la poesía y el de las hadas. Y sin embargo, era tan insensato que titubeaba en partir.

Hasta que he llegado á Génova no he comprendido las palabras de aquel Dux tan frecuentemente repetidas cuando la magnífica insolencia de Luis XIV obligó al Dux de Génova á venir á Versalles con el fin de humillar á su república. Paseándose un día el noble extranjero en los jardines de Versalles sobre sus alfombras de yerba pisadas por todos los hombres ilustres de aquel gran siglo, al ruido de mil saltadores que se lanzaban á las nubes á una señal del dueño, al hacerle recorrer aquellas espaciosas galerías, aquellos vastos salones, aquel universo de mármol y de oro, como le detuviesen á cada paso para dejarle admirar despacio todas las maravillas nuevamente creadas en aquel sitio inculto, y cuando por fin se detuvo en la sala del trono, á los pies de ese trono levantado allí como el mas bello lugar que se pudo escoger en todo el reino de Francia, le preguntaron qué era lo que mas le había admirado en Versalles: *El verme aquí*, contestó. La respuesta asombró á toda la corte de Luis XIV, sin que nadie pudiera comprenderla: los historiadores la repitieron sin comprenderla; todos esos honrados académicos que han sido recibidos en la academia, el mismo Scribe, se han aplicado esta frase, y siempre sin comprenderla. Para comprender esta respuesta, que en el fondo es muy sencilla, muy bella, y muy poco acomodada para los reciénvenidos á la academia francesa, es necesario haber estado en Génova, y recorrido de alto á bajo todos sus palacios.

En efecto, si los cortesanos de Versalles creían deslumbrar al Dux de Génova á fuerza de brillo y de magnificencia, consistía en que ignoraban las grandezas de la ciudad de donde venía.

Si hubiesen sabido que aquel comerciante, hijo de comerciantes, y representante de un pueblo comercial, tenía también su palacio de Versalles, y que vivía en una calle que estaba llena de ellos, no se habrían mostrado tan solícitos en preguntarle: „¿Qué es lo que mas maravilla os causa aquí, monseñor?“ Y á la verdad, ¿de qué queríais que se maravillase aquel hombre? ¿De vuestro palacio de piedra? El poseía un palacio de mármol: ¿de vuestras columnas de mármol? El las tenía de pórfido: ¿de vuestras columnas de pórfido? En su palacio se veían maravillas de lapislazuli. ¿De vuestro arquitecto Mansard? El tenía por arquitectos á Francisco Falcone, á Andrés su hermano, á Carlos Fontana, que levantó el obelisco de Roma, y que ha construido escaleras mucho mas hermosas que las de Versalles. ¿Teníais estatuas hechas por Coysevoix? Las suyas lo habían sido por Pujet. Lebrun era pintor del Rey; el del Dux se llamaba Pablo el Veronès; Mignad estaba haciendo el retrato del Rey, y Van-Dick retrataba á su esposa, al hijo y al perro del Dux; ¿Qué pues podía causar asombro de este asombro de Versalles al Dux de Génova, cuyo gabinete estaba pintado por Aldovrandini, los tapices tejidos por Romaneli, y que tenía á su sueldo al Corregio, al Ticiano y á los dos Caracchios? ¿De qué podía maravillarse aquel Rey de una república que no adquiría por una casualidad los cuadros de los maestros, sino que de padres á hijos hacia venir á su palacio á los grandes pintores á quienes decía: necesito para este aposento un cuadro original; que tenía también para sus obras al Tintoreto, así como su abuelo tuvo para las suyas á Alberto Durero; que expresamente había mandado á Pablo el Veronès pintase un cuadro de la Magdalena para cubrir un lienzo de la pared de su casa? ¿De qué podía asombrarse un hombre que tenía en derredor de su palacio jardines suspendidos á la manera de los pensiles de Babilonia? ¿Podrían asombrarle las aguas de Versalles, cuando un vastísimo acueducto abastecía como hoy abastece con un torrente de agua la ciudad de Génova? Y en cuanto á las demas riquezas del palacio ¿podían deslumbrar á aquel Dux cuando en el suyo se encontraban los mármoles preciosos de Italia, las riquezas del Japon y de la China, los perfumes del Oriente y los espejos de Venecia?

Cuanto mas de cerca se examina el palacio del Dux, mejor se comprende su respuesta. El palacio aun por su parte exterior, está cargado de mármoles y de pinturas: la escalera es muy extensa, el vestibulo está adornado de estatuas, y á través de una larga hilera de bustos antiguos se llega hasta sus grandes puertas que se abren sin resistencia, y por las cuales se penetra en aquellas ruinas resplandecientes. Entonces se presenta á la imaginación toda aquella grandeza que no han podido hacer que desaparezca las revoluciones. Los salones están abiertos, las mesas todavía preparadas para el festin de Banco; pero los sitios de los convidados se ven vacios; el lecho nupcial está tendido; los candelabros del baile se balancean todavía como en el último festin; la capilla se halla preparada para la ceremonia, como también el teatro; en las cocinas solo falta el fuego en las hornillas; en lo alto de la bóveda la tribuna dorada espera los músicos; y á favor de los brillantes espejos va á verse á las bellas italianas de negros ojos que resaltan sobre su blanco cutis. ¿Qué felicidad si en medio de este silencio pudiera oirse la *Romanesca*, sacada del olvido por el violín de Baillot!

Y en todos los demas palacios desiertos se encuentra el mismo lujo y los mismos adornos. Todos están igualmente abiertos y se puede penetrar en ellos sin temor: allí no se ven mas que obras maestras. Si por casualidad alguno de ellos está ocupado, se entra sin recelo; el dueño se retira, la mujer y la hija ceden el puesto, porque estos nobles hospitalarios saben muy bien que tan grandes maravillas no son para que ellos solos las admiren.

Y cuando despues de haber abandonado tan tristes y silenciosas magnificencias, la admirable calle de Balbi, la calle Nueva y sus nobles fachadas dibujadas por Rubens, cuya colección publicó en Venecia, os trasladais á la muralla y llegais al puerto á través de las formidables baterías coronadas de cañones que á nadie infunden temor, y en seguida entrando en un baquichuelo os colocais en medio del puerto para admirar el vasto anfiteatro de casas, de palacios, de hospitales, de montañas, de verdura y de mármoles, quedareis absorto al contemplar una escena tan magnífica. Yo tuve la dicha de admirarla á bordo del hermoso navío inglés el *Pembroke*.

Al ver á estos dos pueblos comerciantes el uno en frente del otro, los ingleses y genoveses; los primeros dueños de los mares, y los segundos apenas dueños de su puerto; los unos colocados á tanta altura en la escala de las naciones cultas; al ver un solo buque inglés burlarse, por decirlo así, de aquellos fuertes llenos de cañones; y esta ciudad, que fue la de los Dux, la nación de Doria, á este pueblo que fue el dueño del Oriente, tuve tentaciones de volverme hácia los ingleses, que estaban tranquilamente bebiendo su *grog* (1), y mostrarles con el dedo todo aquel abatimiento, toda aquella miseria, exclamando con Bossuet: *¡Erudimini! ¡Aprended, pueblo de comerciantes!*—Julio Janin.

(G. de M.)

PUERTO-RICO 1º DE OCTUBRE DE 1839.

Circular expedida por el Excmo. Sr. Presidente, Gobernador y Capitan General á las Autoridades de esta Isla.

Capitania general y Gobierno superior político.—Circular n.º 16. —En cumplimiento de una Real orden que se me ha comunicado con fecha 29 de Junio de este año por el Excmo. Sr. Secretario de Estado y del Despacho de Marina, Comercio y Gobernación de Ultramar con el objeto de evitar todo fraude en el uso que hacen los españoles europeos de su libertad legal para trasladarse á estos dominios de Ultramar, y teniendo presente cuanto acerca de la expedición de pasaportes en la Península para venir á los puntos de América está anteriormente mandado por S. M. en Real orden de 10 de Julio de 1835; he venido en decretar que por las autoridades militares y civiles de los pueblos de esta Isla adonde lleguen españoles procedentes de la Península ó de países extranjeros, se observe con la mayor exactitud la instrucción siguiente.

Artículo 1.º Los jóvenes desde 18 á 25 años que desde la Península ó desde país extranjero vengan á esta Isla, además del pasaporte de los respectivos Jefes políticos, si se embarcan en España ó islas adyacentes, ó de los Ministros y Cónsules españoles si se embarcan en país extranjero, deben presentar indispensablemente una información sumaria hecha en expediente gubernativo por ante el Jefe político de la Provincia á que pertenezcan, por la cual se

(1) Especie de cerveza.